



Federica
Brunini
Dos sirenas
en un vaso

BESTSELLER
INTERNACIONAL
★★★★★

m̄

FEDERICA BRUNINI

DOS SIRENAS EN UN VASO

Traducción de Maribel Campmany

mr̄ ediciones martínez roca

Título original: *Due sirene in un bicchiere*

© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milano

Publicado por acuerdo con Grandi & Associati, Milano

Primera edición en «I Narratori» en mayo de 2018

© por la traducción, Maribel Campmany, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 7: © *Million Years Ago*, XL Recordings Ltd., 2015, compuesta por Adele y Greg Kurstin e interpretada por Adele.

Primera edición: julio de 2020

ISBN: 978-84-270-4769-3

Depósito legal: B. 8.742-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno

Había sido un día caluroso. De esos que hacen que los pensamientos se peguen como si fueran cromos en un álbum y que se queden ahí, en su lecho de papel del que no se desprenden a no ser que los arranques.

Tamara no se fijó en ello hasta el atardecer, cuando la brisa de levante trepó veloz desde el valle, agitando la tela de rayas de la sombrilla, la superficie lisa de la piscina y la maraña de su cabello rubio ceniza.

En la terraza orientada al sur, a cincuenta y tres millas de Sicilia y doscientas seis de Libia, repasó las imágenes de ese 31 de julio: las estrellas del techo de la habitación de Benjamin, la pulpa de los higos chumbos abiertos por la aridez, las pinceladas aplicadas a las velas, la voltereta de la última ola...

Después bajó al piso inferior por la escalera de caracol que sostenía la vieja casa como una espina dorsal y la recorría entera, desde los cimientos húme-

dos y frescos del sótano, donde había montado su taller, hasta el tejado plano y ardiente, con la piscina y su dormitorio. Allí permanecía a menudo insomne luchando con la oscuridad, a la espera de la luz pacificadora del alba.

En una especie de *Divina Comedia* al revés, su paraíso había echado raíces hacia abajo, en las placas tranquilizadoras de tierra y roca del taller, y había dejado al diablo el espacio más cercano al cielo y las vistas al mar.

En medio, en el punto donde las vértebras y los escalones se plegaban en la ese más larga, estaba el purgatorio. Y era donde se encontraba ahora, zigzagueando entre las cuatro habitaciones de invitados que Dana ya había preparado.

Su amiga polaca no fallaba nunca: ponía las sábanas perfectamente planchadas en las camas, dejaba espejos, muebles y suelos perfectamente brillantes, ventanas y mosquiteras perfectamente limpias y ambientes perfectamente aromatizados con bergamota y pimienta silvestre.

Además, en cada una ponía lo que juntas habían bautizado como «el kit de la tregua». Contenía un pequeño manual de instrucciones para la estancia, la guía de la isla de Gozo, una recopilación de citas y reflexiones para ejercitar el alma y el corazón, veinte centímetros de hilo rojo para ensartarlo por el interior de siete perlas de cristal azul y un cuaderno en el que

anotar pensamientos y deseos durante los siguientes diez días.

Para terminar, había dos velas blancas que podían hacer compañía a la soledad o a uno mismo, como siempre explicaba Dana a los huéspedes antes de que se escabulleran en su habitación y cerraran la puerta tras ellos por primera vez en esas vacaciones détox.

Cada primero de mes, el bed & breakfast de las Sirenas Cansadas abría los brazos de madera del gran portón turquesa para recibir a un nuevo grupito de mujeres y hombres decididos a hacer muchas cosas y ninguna: yoga, meditación, dieta, relax. Además de nadar, caminar, excursiones en barco o en kayak, leer, dormir, sesiones de pintura con Tamara o de cocina bío con Dana y sus celebérrimos zumos para depurar el cuerpo, la mente y el espíritu.

A la llegada de los huéspedes, Dana disponía las cuatro llaves, sujetas a otras tantas sirenas de madera numeradas, en un cuenco de vidrio soplado situado en el centro de la gran mesa de piedra del comedor. A continuación, pedía que cada uno escogiera la que prefiriera, la que lo llamara con más fuerza.

En caso de que dos o tres huéspedes se empecinaran en el mismo número, los obligaba a llegar a un acuerdo, a compartir la habitación o incluso a alternarse cada noche.

Pero eso había ocurrido una sola vez. Y las dos contendientes se convirtieron en uña y carne.

Lo de la asignación de las llaves era el momento que a Tamara más le gustaba y el que más temía. Porque era entonces cuando el destino de todos se cumplía y se desvelaba. Inconscientemente, cada uno iba a alargar la mano para coger la sirena que lo rescataría. Y Tamara no podía evitar asombrarse en cada ocasión ante la enésima demostración de que la casualidad no existe, incluso cuando insiste en demostrar lo contrario.

Cada habitación tenía su misión, es más, tenía su ley: estaba escrita a mano en la parte de atrás de las puertas azules y era visible sólo desde el interior.

«La persona que llega es la persona adecuada», declaraba la número uno.

«Lo que sucede es la única cosa que podría haber ocurrido», consolaba la dos.

La número tres advertía: «El momento en el que sucede es el momento oportuno».

La cuarta concluía: «Cuando algo se acaba, se acaba».

Tamara echó un vistazo al gran cuaderno de cuero rojo en el que Dana anotaba las reservas y ponía las cartas de quienes solicitaban hospedarse allí.

El B&B de las Sirenas Cansadas, de hecho, no po-

día encontrarse en internet, no se mencionaba en las guías de viaje ni imprimía tarjetas de visita. No se podía ir con un clic en el teclado del ordenador, ni se reservaba mediante un correo electrónico o una llamada de teléfono. Ni siquiera por intercesión de una amiga o un amigo que ya hubiera estado allí.

Los aspirantes a clientes, atraídos por el boca a boca, lo único que podían hacer era escribir una carta, necesariamente a mano, y especificar los motivos por los que solicitaban alojarse allí. Hecho esto, se quedaban pacientemente esperando un sí o un no que les llegaría por correo en un sobre del color del mar, sellado con el sencillo dibujo de una mujer con cola de pez.

La idea, una vez más, había sido de Dana. Para justificarse, se inventó una quinta ley: «El sitio que buscas es el que te encuentra».

En el transcurso de esos tres últimos años, decenas de sirenas pintadas por Tamara en el papel azulón que Dana compraba en la única papelería de la isla habían viajado por Europa e incluso más lejos.

Y otras tantas decenas de piernas, brazos, bocas y almas habían recalado en el escollo al que las dos mujeres se habían agarrado, por motivos y en momentos distintos, buscando echar raíces entre las olas del Mediterráneo.

Tamara miró rápidamente la lista de las reservas para ese primero de agosto: Vera venía de Londres,

Jonas de Dubái, Lisa y Lara de Milán, Olivia de Barcelona. Cinco nombres que, al día siguiente, se corresponderían con cinco caras, cinco historias, cinco expectativas diferentes.

Cada uno llegaría con su equipaje de ropa, accesorios, libros y dentífrico, pero sobre todo con interrogantes desperdigados por la cabeza y el corazón. Después de todo, la vida es una serie infinita de preguntas, reflexionó Tamara. Y cuando piensas que has encontrado todas las respuestas es que la has consumido. Que es hora de levantar el dedo del pulsador del concurso. *Game over, ladies and gentlemen*. Se acabó el juego, podéis iros en paz.

Por eso ella había dejado de jugar. Porque, para ganar, debes estar dispuesto a perder. Y ella ya había perdido. No buscaba más respuestas. Peor aún, no tenía más preguntas.

Se las había tragado todas el mar. Todas excepto una.

Olivia pedaleó deprisa por la calle de la Marquesa, dejó la bici en el soporte que estaba frente al restaurante y fue corriendo a la cocina por la entrada de servicio, empujando con ímpetu la puerta cortafuegos. Llegaba tarde, y no era la primera vez esa semana.

—¡Hola a todos! ¿Cómo vamos con el servicio?

—preguntó nerviosa al equipo, poniéndose inmediatamente el delantal encima del vestido de algodón de flores amarillas y el gorro sobre su pelo color café con leche.

Inspeccionó con la mirada la encimera de acero llena de cuencos: zanahoria, patata, perejil, menta, berenjena, melón blanco, tofu, semillas de sésamo...

—Carmen, ¿me recuerdas los especiales del día? Quiero los tallarines de boniato con salsa de anacardos. También necesito cilantro. Y curri verde. ¿Queda?

La *sous chef* asintió y le hizo un gesto al pinche para que fuera a buscar rápidamente los ingredientes a la pequeña cámara frigorífica.

Olivia suspiró, hizo una pirueta y se lanzó como una flecha impaciente hacia la sala. Esquivó a la camarera, que estaba terminando de poner las mesas, rodeó a la joven ayudante que sacaba brillo a los cubiertos e interceptó a Pablo en la caja, haciendo diana.

—¿Reservas? —le preguntó.

—Siete mesas para veintidós personas. Más Nina —refunfuñó él.

Era la última cena de la temporada. A partir del día siguiente, el restaurante La Silla Verde cerraría las puertas durante treinta y un días, hasta el primero de septiembre. Y ella, Olivia, quedaría libre de menú, de cazuelas, de su exmarido, de la nueva compa-

ñera de él, que la escrutaba cada noche desde lo alto de sus tacones de aguja y desde lo bajo de sus veintinueve años. Sólo tenía que aguantar unas horas. El tiempo de cocinar veintidós platos vegetarianos perfectos y condimentados con amor. Y otro igual de rico, pero con una dosis de rabia. La suya.

Jonas sonrió a la azafata que le servía la enésima copa de champán, con la que se tragó dos comprimidos de Melatonina Forte, como siempre hacía cuando quería dormirse enseguida entre un vuelo y otro.

No conocía a su colega, sólo de vista. Se la había cruzado en la fiesta de Navidad, sexy y a la vez reservada, con su vestido de encaje rojo que le envolvía los glúteos y los muslos esbeltos, de jovencita. Recordaba haber pensado que esas piernas podían gustarle. Por eso no quiso conocerla mejor. Para no tropezarse con ninguna relación. No después de Angie.

Bajó su butaca de *business class* hasta convertirla en cama y se metió bajo la manta azul con el emblema de la compañía para la que pilotaba aviones desde hacía más de doce años.

Aunque esa noche no estaría al mando. Estaba oficialmente de vacaciones durante los siguientes diez días. Y volaba hacia casa, una casa que nunca había visto ni conocía, pero que le había crecido dentro como una costumbre o una enfermedad.

Cuando su madre dejó la isla, hacía cuarenta años, él sólo era un retoño en su barriga. En su interior, aferrado a la placa fértil de su vientre, atravesó tres mares durante más de tres semanas de navegación. Creció en el útero de hierro del barco, acunado por las olas y el canto silencioso de los peces.

Y cuando su madre desembarcó en el puerto de Melbourne, él ya era una pequeña planta con las raíces bien extendidas, ansiosas por salir de la oscuridad húmeda del agua para anclarse fuertes y secas en tierra firme.

Había nacido en Australia, un país que nunca le pertenecería, a pesar de haber sido el primero y el único que lo había acogido. Jonas había sido un exiliado en su patria durante toda la vida. Y ahora regresaba como extranjero al único lugar al que sentía que pertenecía. Allí donde se plantó la semilla, aunque la cosecha se hiciera a decenas de miles de kilómetros. Por fin los estaba recorriendo en sentido contrario, en un mar de nubes que se abría bajo las entrañas de acero del avión. Al cabo de pocas horas volvería a venir al mundo. Y esta vez, en su casa.

Cuando Dana viró en la última curva cerrada de la carretera que subía al B&B de las Sirenas Cansadas, Benjamin estaba cantando a voz en grito la cancioncita que había aprendido para el último concierto de

la escuela, una graciosa enumeración rimada de todas las criaturas que habitan el mar.

El jeep se contoneó por la subida, con un movimiento que podría haber sido sexy si, mirando, hubiera habido un furgón o una *pick-up*, en resumen, uno cualquiera de los motores masculinos que recorrerían la isla. Dana se rio de sí misma y de su ocurrencia y se dijo que sí, que había sido un bonito día. Y mañana coleccionaría otro. El grupo que iba a llegar y que ella había reunido, carta tras carta, parecía ir a funcionar. Sus componentes se amalgamarían, estaba segura. Si bien... No, Jonas, el único hombre del grupo, también encontraría lo que estaba buscando. Y ella lo ayudaría. Ante ella y el parabrisas polvoriento, el cielo había virado del anaranjado al rojo y se preparaba ahora para ponerse su mejor manto azul, casi violeta, antes de vestirse de noche.

—Y la sirena corre por el mar... —canturreaba entretanto Benji, sacando su muñeco por la ventanilla bajada. Su largo cabello oscuro le bailaba alrededor de la cabeza, en una danza desordenada pero elegante.

Así era la felicidad, pensó Dana: un baile imprevisto, sin coreografía. Con los pensamientos girando en el viento y llevándose todo consigo, excepto la sonrisa.

—...La sirena corre por el mar y nadie la puede parar. De día y de noche nada tranquila, con su cola

se balancea... —prosiguió el chiquillo, ajeno a las reflexiones de su madre, la cual, después de un último tumbo, aparcó en la explanada de detrás de la finca, entre las estacas de madera azul de la cerca que ella misma había clavado, y dio un tirón al freno de mano.

Benjamin abrió la portezuela de par en par y salió corriendo hacia la entrada.

—¡Mamara! —llamó dando grandes voces—. ¡Mamara! —repitió agitando el muñeco en el aire como si fuera un avión. Siempre había llamado así a Tamara. Tenía una mamá y una *mamara*. Y era feliz.

Dana, por su parte, descargó las cajas de fruta y verdura que había comprado en el mercado a su campesino de confianza y las apiló al lado de la puerta, bajo el cartel del B&B: dos sirenas con una cabellera amarilla y las colas verdes unidas en un único abrazo. Ella y Tamara. Unidas por las olas, para desafiar juntas a la tierra.

Eva puso la mirada de dura que exhibía todos los días cuando atravesaba la moqueta del gran espacio abierto de la redacción, esquivando los reservados y las mesas de sus compañeros como hace un rompehielos con los icebergs. Miss Diana era el mote que le habían puesto. Y para ella era importante conservarlo porque se lo había ganado, y no sólo en lo

profesional. Ella no perdía el tiempo. Cuando quería una cosa, hacía de todo por conseguirla. Y si no lo lograba, amén. Pasaba de largo. Pero raramente había tenido que renunciar a nada. No era una cabrona, a pesar de que muchos de sus colegas y tal vez algún ex estarían dispuestos a jurar lo contrario. Solamente era una mujer joven y ambiciosa, decidida y capacitada. Y segura de lo que no quería. No quería ser una de esas mujercitas que van detrás de un hombre con el único propósito de convertirse en su esposa y dar así un sentido a su vida. Tenía cerebro suficiente para apreciar su valía con o sin un marido al lado y saber que casarse no significaba ni ser la criada ni ir de reina, sino avanzar el uno junto al otro, cogidos de la mano cada día hacia la puesta de sol. Tampoco quería un trabajo cualquiera, aunque estuviera bien pagado. No podía concebir que Dios y el universo la pusieran a ella o a cualquier otra criatura en este mundo con el único objetivo de procrear y trabajar para vivir hasta la siguiente vida. Tenía que haber algo más, algo que se le escapaba pero que se empeñaba en averiguar... La suya no era una búsqueda espiritual, sino humana. De hombre a Dios. Mejor dicho, de mujer a Dios. Y su carrera de bloguera, más allá de las frívolas apariencias, le era de gran ayuda. Detrás de esa máscara de cazadora de personajes famosos, ocultaba el espíritu de un sabueso ávido de la única presa de la que percibía el

olor: la humanidad y ese misterioso, a menudo vano, intento suyo de adjudicarse un papel en las páginas de su propia historia.

Su blog, Viperalia, se encontraba entre los más seguidos de la red: Eva cazaba a *celebrities*, aireaba sus deslices y sus fechorías, destruía mitos, construía carreras, sembraba cotilleos y cizaña..., pero nunca mentía.

Por eso el célebre sitio de cotilleos Vipfinder había querido tenerla en su equipo. Para alcanzar objetivos. Y ella no les había fallado.

Antes de sentarse delante del ordenador, detrás del muro de revistas, plantas y recortes de papel que había erigido entre ella y el resto del equipo, echó una ojeada a su vecina de mesa, Vera la Feroz, la única que, como ella, podía alardear de un mote que se había ganado sobre el terreno. La única que podía enfrentarse a ella y tal vez derrotarla.

Al contrario que la suya, la mesa de Vera era la demostración de que se puede ser creativo y al mismo tiempo ordenado y encontrar un lugar para cada cosa. Hasta el correo estaba impecablemente apilado por orden de importancia, al igual que las carpetas de los expedientes en los que trabajaba. Con el tiempo, Eva había aprendido a descifrar los colores: su rival etiquetaba en verde las historias que ya estaban listas para ser publicadas; en amarillo, en las que estaba trabajando; en rojo, las que podrían convertirse en

una primicia, pero todavía no había recopilado suficientes datos.

Ella, en cambio, dibujaba. Desde pequeña había ilustrado el mundo que se abría delante de sus ojos: perros, gatos, galletas, muñecas, amigos, árboles, casas, calles, el mar..., y seguía haciéndolo. Las líneas que trazaba en el papel la tenían cosida a la realidad mientras a su alrededor todo giraba vertiginosa, rápida e incomprensiblemente. Y cuanto menos entendía el porqué de algo —de una sensación, de un hecho, de una decisión—, más utilizaba el lápiz. Lo dejaba discurrir sabiendo que, al final, le regalaría un dibujo un poco más claro.

—No puedo irme —estaba diciendo Vera al auricular del teléfono fijo—. Tengo que posponerlo, es posible que incluso renuncie a ir. No sé si habrá otra ocasión... Alguien podría llegar antes que yo... Y descubrirla.

Le daba la espalda, y Eva no pudo evitar envidiar sus largos cabellos lisos y azabaches que le caían por la espalda y por la chaqueta rosa, como una mancha de aceite negra y tornasolada. En cambio, los suyos, castaños y finos, nunca pasaban de la base del cuello. Se cortaba la media melena antes de que necesitara cuidados, secadores, cepillos y alisados de último minuto por parte del peluquero. En resumen, un tiempo que prefería emplear de otro modo. En el gimnasio, por ejemplo, en las clases de

spinning. En la piscina, en el cine. Más que nada, en el trabajo.

—La cosa es que... Estoy segura. ¡Ella está allí, no me cabe ninguna duda! ¿No ves el bombazo que sería? Los ganaría a todos aquí dentro... Principalmente a ella, a Miss Diana —añadió su colega con una carpeta repleta de hojas en las manos.

Eva se sonrojó y retrocedió instintivamente, no sin antes haber visto lo que ya intuía: la carpeta de Vera tenía una etiqueta roja. El mismo color que la rabia que le crecía por dentro.

Tamara observó las manos de Dana mientras quitaba las espinas de los higos chumbos. Una vez abiertos, su pulpa pasaría primero por la batidora y después por el congelador para finalmente convertirse en sorbete.

Tamara degustó en su mente el sabor frío y dulce que daría la bienvenida a los nuevos huéspedes al día siguiente.

Le encantaban los higos chumbos y solía recogerlos por la mañana, cuando volvía de la playa. Con la mano derecha metida en un guante de jardinero, arrancaba las frutas hinchadas de las grandes palas verdosas y las depositaba dentro de una caja de madera roja con un tirante que llevaba colgada en el hombro como un bolso. La había hecho y pintado para

Benjamin, pero le gustó tanto que se la quedó para ella. A él le regaló otra, de rayas blancas y azules, en la que el niño escondía sus secretos: conchas en su mayor parte, piedrecitas y fósiles, monedas y entradas de cine o billetes del ferri, flores secas y esquirlas de cristal desgastadas por el mar.

Por otra parte, Benjamin era su joven ayudante. Cuando Tamara trabajaba en su taller, bajo la doble bóveda de lo que era una gruta natural alrededor de la que se había ido depositando poco a poco la hacienda que ahora habitaban, el niño estaba encantado de hacerle compañía. Le gustaba curiosear entre los tubos de témperas, los botes de pintura al óleo, los aerosoles acrílicos, los pinceles, las acuarelas. Más que nada, le gustaba pasar revista a los trozos de mar, es decir, ramas y maderas, plástico y cristal que su Mamara salvaba de la maraña salobre de las olas.

«¿No se parece a una nube?», decía de uno.

«¡Mira, un tiburón!», se entusiasmaba.

«¿Éste? Con éste tienes que hacer un sol», sugería.

Y ella siempre lo complacía.

—He preparado crema de melón blanco para cenar. Y hay pastel de patata y rúcula. —La dulce voz de Dana interrumpió la carrera de sus pensamientos, haciéndolos tropezar. «¿En qué estaba pensando?», se preguntó Tamara. Como siempre, en la fina rebaba

de espuma blanca que divide el agua de la tierra. En ese confín tan lábil y a la vez infranqueable: un paso y eres batiente que se hace isla, otro y eres gota que resbala hacia los abismos.

Se agarró instintivamente a los lazos del delantal de cocina de Dana y a sus caderas sólidas apoyadas contra el borde de acero del fregadero.

—Pues voy a poner la mesa —susurró.

Lara se subió de rodillas encima de la maleta de resina lila atestada de ropa. Tenía que renunciar a algo: a las sandalias de plataforma, al vestido largo de macramé, a la chaqueta de esmoquin, a los tres pares de gafas de sol, a los bolsos... Sin duda, a sus estuches de maquillaje colocados al fondo, junto al secador y al rizador de pelo, no. El equipaje de su hermana Lisa, idéntico al suyo en forma, tamaño y color, ya estaba cerrado. Listo para cogerlo y cargarlo en el taxi.

Ellas dos también eran idénticas en forma, tamaño y color, no en el contenido. Al igual que sus maletas, eran gemelas por fuera, pero diferentes por dentro. Lo comprendieron enseguida, en el umbral de la vagina de su madre. Tal vez incluso antes, cuando flotaban como monitos acuáticos alrededor de sus cordones umbilicales. A Lisa, que nació cincuenta y nueve segundos antes que ella, le encantaba contar

que había ganado la medalla en la línea de la vida sólo porque su hermana estaba distraída, muy ocupada peinándose. Desde entonces, Lara ya nunca había dejado de hacerlo: sus largos cabellos dorados eran su obsesión, pero también su fuerza. Se aferraba a ellos como la princesa del cuento que está prisionera en la torre, convencida de que sólo su trenza podrá liberarla, algún día.

Resoplando, se resignó a aligerar la carga y la lista de los conjuntos que iba a llevarse consigo para el retiro détox. No es que los necesitara, con lo delgada y en forma que estaba. Su cuerpo esbelto y compacto era su mejor tarjeta de visita. Si había encontrado trabajo como esteticista y ahora tenía un centro y una línea de cosméticos bío completamente suya, también se lo debía a sus formas bien torneadas y a la tripa siempre plana.

En cualquier caso, aquellas vacaciones eran su regalo para Lisa. Ella sí que las necesitaba. Siempre habían sido una copia la una de la otra, pero ahora su hermana era su versión más fea, vieja y demacrada. Desde que su novio la dejó plantada el día antes de la boda, Lisa se había alimentado principalmente de cucharadas de desaliento y frustración. Sólo su gata era capaz de llenarle el plato de sonrisas. La gata y las pastillas antidepresivas que se tomaba cada mañana para desayunar con el café, antes de obligarse a vivir otra jornada al lado de su

hermana, en la recepción del Larabella Wellness & Beauty Center.

Lara esperó que no se las hubiera olvidado precisamente ese día. Al cabo de menos de una hora, el taxi las conduciría al aeropuerto y las entregaría a un par de alas listas para tocar el cielo y después la tierra o, mejor dicho, la playa. Lara estaba deseando aterrizar en la tumbona, con los pies en las olas. No había un masaje mejor. Y, si lo había, debía aprenderlo.